



REVISTA SEMANAL

Entered as second class matter at the Post-Office at Manila

DIRECTOR:—Alejandro de Abaitiz

TEL. 572

ADMINISTRADOR:—Vicente Agau

P. O. BOX 147

Vol. IV.

Manila, 15 de Noviembre de 1924.

Num. 98

TRIUNFO

—x—



AS teorías inventadas por nuestros adversarios, antiguos y modernos, para negar el gran milagro de la Resurrección de Jesucristo, no han podido sostenerse cuando han sido citadas y juzgadas ante el tribunal de la recta razón. Por lo mismo hanse ido sucediendo una tras otra, demostrando con su caducidad e inconsistencia la vida efímera a que está condenado el error, y cómo la verdad, por ser una e inmutable, tiene legítimo derecho a gozar del privilegio de la inmortalidad.

Vimos ya cuán malparadas hubieron de salir los contados judíos y racionalistas que negaron la muerte de Jesús, pareciéndoles ser ese un argumento irrefragable para concluir con el Misterio de la Resurrección. Ni siquiera hubo necesidad de que las plumas católicas se moviesen para combatir tan descomunal dislate; pues apenas salido del magín de sus autores, fué rechazado por los corifeos del racionalismo.

Igual fracaso sufrieron los que en su

afán de negar la verdad y divulgar la mentira, se atrevieron a decir que los Apóstoles arrebataron fraudulentamente el cadaver del sepulcro, y lo sepultaron en otro lugar desconocido. Y aunque no coinciden ni están acordes en declarar cómo se realizó el hurto, la mala fe de algunos llegó al extremo de afirmar que los mismos escribas, ancianos y príncipes del pueblo judío fueron, con la venia y anuencia de Pilato, los autores de tal desaguizado. No comprendieron los partidarios de tan pueril conseja que de haber sucedido las cosas como ellos las cuentan, no necesitaban de otras pruebas los judíos para negar el hecho de la Resurrección. Bastábales haber presentado el cadaver de Jesús a los habitantes de Jerusalem y especialmente a los Apóstoles, cuando éstos predicaban públicamente el Misterio, sin temor a las persecuciones amenazas y castigos de que fueron víctimas inocentes.

Fracasada, como hemos dicho, esta teoría llamada del fraude, se acudió a la hipótesis de la ilusión o alucinación. Sus autores, que también andan divididos cuando tratan de explicar en qué consistió la decantada

ilusión, admiten de buen grado la realidad de la muerte de Jesús, y confiesan que su cadáver no fue arrebatado del sepulcro. Para desentenderse del milagro de la Resurrección, fingen que las santas mujeres, los Apóstoles y discípulos, llevados del entusiasmo que sentían por su Maestro y del vivísimo deseo con que esperaban su Resurrección, cayeron en la *ilusión* de creer, aunque de buena fe, que habían visto a Jesucristo resucitado, persuadiéndose de que se les había aparecido corporalmente. Engañados por la *alucinación* sufrida, llegaron a convencerse sin más pruebas del hecho; y creyendo visiones y apariciones reales las imaginarias, predicaron el Misterio de la Resurrección de Jesús.

Renán, siempre audaz en sus negaciones, se hizo partidario acérrimo de la hipótesis de la *alucinación*, y con inconcebible desvergüenza nos dice que la ilusión de María Magdalena dió al mundo un Dios resucitado. Así lo afirma en su *Vida de Jesús*, obra fantástica, superficial y novelesca, en la cual bajo el disfraz hipócrita de deslumbrantes periodos laudatorios, se esconde el veneno de la apostasía y la negación, arrancando la corona de la Divinidad de la frente augusta de Jesús Nazareno.

Aún prescindiendo del carácter de divinamente inspirados que poseen los Evangelios, y considerándolos sólo como libros históricos, cuya autenticidad y veracidad han reconocido los mismos racionalistas, jamás podrán los partidarios de la *alucinación* citar un texto evangélico favorable a la teoría que defienden.

Lo que precisamente caracteriza a los Apóstoles y a las santas mujeres en las apariciones de Jesús, es la duda y la resistencia a creer en el hecho de la Resurrección. El divino Resucitado se les presenta una, dos, tres, muchas veces; y lejos de entusiasmarse y caer arrodillados en un acto de fe y adoración a su Maestro vencedor de la muerte, como fingen nuestros adversario siempre se muestran reacios a creer. Se asombran, piensan, cavilan, dudan, y no obstante ver el cuerpo y las cicatrices de las llagas, y oír la voz de Jesús que les era tan conocida, continúan dudando, y se figuran ver, no un cuerpo real, sino un espíritu.

Con objeto de asegurarlos en la fe de su *presencia corporal*, y borrar de su imaginación la idea de una aparición meramente espiritual, Jesucristo los invita a que se lleguen hasta Él, y palpén su cuerpo; y con exquisita amabilidad siéntase a la mesa y come en compañía de los Apóstoles que todavía dudan.

No falta un incrédulo que llega en su terquedad al extremo de exigir se le permita poner sus manos en las llagas de su Maestro, e introducir sus dedos en la abertura del costado; añadiendo que sólo así creará en la Resurrección. Y Jesús condesciende, y Tomás, el hasta entonces Apóstol incrédulo, cae rendido de fe y amor proclamando a Jesucristo resucitado su Señor y su Dios.

¿Dónde está, preguntamos a nuestros adversarios, la ilusión o alucinación de los Apóstoles, dónde su entusiasmo y credulidad, cuando sólo después de tantas y tan evidentes pruebas creen en la Resurrección de su Maestro? ¿Qué clase de alucinación es esa que duda y piensa, cavila y razona; que no se decide a creer si no ve, si no escucha, si no palpa al divino aparecido, y exige pruebas que manifiesten la realidad de la presencia corporal de Jesucristo?

Dígase lo mismo de la *ilusión* que el impío y atrevido Renán atribuye a María Magdalena. Consta por la narración del Evangelio que al ver el sepulcro vacío, y no obstante escuchar de labios de los Angeles el hecho de la Resurrección, Magdalena se mantiene en la duda, y se contenta con llorar ante la tumba, suponiendo que han robado el cadáver de su Maestro. ¡Tan ajena estaba a admitir por entonces que Jesucristo hubiese resucitado!

Se le aperece Jesús, sin dársele a conocer, en figura de hortelano; y Magdalena no padece la ilusión o alucinación de que Renán la supone víctima; sino que aferrada siempre a la misma idea y suponiendo ser aquel hombre quien se ha llevado el cadáver, ruegale le diga dónde lo ha colocado, para devolverlo ella misma al sepulcro. Ni remotamente cruza por su mente la idea de la Resurrección; y sólo después de ver a Jesús glorioso y oír su voz, aquella voz que la llamaba por su nombre, y cuyos ecos tantas veces habían resonado en sus oídos, llegó a creer la dichosa penitente que su Maestro había resucitado.

Nó: ni las santas mujeres ni los Apóstoles padecieron ilusión alguna en aquellas apariciones y encuentros tan divinos y tan humanos con el Dueño de la vida y de la muerte. Quien verdaderamente demostró ser víctima de voluntaria alucinación fué Renán, cuando alucinado por el brillo del oro judío, empuñó la pluma para escribir su *Vida de Jesús*, haciendo traición a la verdad cristiana, a la historia, a la honradez literaria y a su misma conciencia.

Queremos suponer que los judíos, coetáneos de Jesús, estaban más interesados en negar el hecho de la Resurrección, que los

racionalistas autores de las teorías expuestas. Y sin embargo, aquellos encarnizados enemigos del Nazareno, reunidos en concilio, y después de madura deliberación, no encuentran argumentos que oponer a la realidad del hecho; y despechados acudieron al soborno. ¡Tan manifiesta debió de aparecer la verdad a los que más interés tenían en negarla!

La última de las apariciones de Jesús a sus Apóstoles tuvo lugar a los cuarenta días de haber resucitado, o sea, el mismo día en que había dispuesto privarlos de su presencia visible, dejar la tierra y volverse al cielo. Confesamos el misterio de la Ascensión de Jesús con estas palabras del Credo: Subió a los cielos; está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso.

Jesús salió de Jerusalén en compañía de sus discípulos, y caminaron hasta Betania, lugar próximo sobre el monte Olivete. Conversó con ellos como solía hacerlo cuando se les aparecía resucitado; y después del prometerles el Espíritu Santo y confiarles con su autoridad divina la misión de enseñar y bautizar a todas las gentes, concluyó con esta augusta y consoladora promesa: "Y he aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos."

Era llegado el momento de la Ascensión. Jesús alzando sus ojos al cielo, dió la bendición a todos los discípulos, y comenzó a elevarse poco a poco, majestuosamente, a la vista de todos, que lo seguían con la mirada y más aún con el corazón. Tan arrebatados de admiración y gozo estaban ante el grandioso triunfo de su Maestro, que cuando una nube resplandeciente se puso como pedestal bajo las plantas de Jesús y les impidió verlo, continuaban fijos en el mismo lugar, mirando al cielo, olvidados del mundo y de sí mismos, y sólo atentos a la consideración de la gloria eterna del Paraíso, que ya comenzaban a saborear en la persona del Salvador.

Fué necesario que dos ángeles los sacasen de aquella dulce contemplación con estas palabras: "¿Por qué permanecéis fija vuestra vista en el cielo? Ese mismo Jesús que

separándose de vosotros acaba de ascender a los cielos, volverá un día de la misma manera que lo habeis visto subir." Postráronse los Apóstoles al oír a los ángeles, y después de adorar a Jesús como a Dios, volviéronse a Jerusalem llenos de gozo y alegría.

Es Dogma de fe que Jesucristo subió a los cielos en cuerpo y alma. Esa ascensión se refiere a su naturaleza humana; pues de la naturaleza divina de Jesus no se puede afirmar con propiedad que sube ni baja, porque la Divinidad es inmensa y está en todo lugar.

Así como Jesús, Hombre-Dios, se resucitó a sí mismo; así también subió al cielo por su propia virtud; no sólo por virtud de su Divinidad, sino también por virtud de la humanidad glorificada; pues el alma, en ese estado de glorificación, puede mover el cuerpo según su voluntad.

Cuando confesamos que Jesucristo está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, no hemos de entender esas palabras literalmente, sino en sentido metafórico o figurado, según nuestro modo de hablar; pues Dios, por ser espíritu puro, no tiene cuerpo, ni diestra ni siniestra.

Nos servimos de esa expresión para afirmar la suprema potestad y gloria de Jesucristo; su consustancialidad e igualdad en cuanto Dios con su Eterno Padre, y la gloria y bienaventuranza de que goza su Humanidad sacratísima, superior a la bienaventuranza de todas las demás criaturas.

El triunfo de Jesucristo en su gloriosa Ascensión nos debe servir de freno para negarnos a las groseras exigencias de la pasión, de los apetitos desordenados, y de todo cuanto se oponga a su santa Ley; bien convencidos de que pactando las máximas del Evangelio e imitando a nuestro divino Modelo, lo seguiremos algún día al cielo que nos tiene preparado. La consideración de la gloria eterna del Paraíso debe ser lo bastante poderosa y eficaz para hacernos aborrecer el pecado, pues sólo el pecado nos puede hacer perder a Dios, y con El la eterna bienaventuranza.

JUSTINO.

CAVANNA, ABOITIZ & AGAN
ABOGADOS

Roxas Bldg. N.o 212

Tel. 572

FOR
CIVIL SERVICE & COMMERCIAL
COURSES
BY CORRESPONDENCE
WRITE THE
COSMOPOLITAN BUSINESS COLLEGE
MANILA P. I.
(American Faculty)